

RUSIA EN EL MEDITERRÁNEO... EN BUSCA DE AGUAS CÁLIDAS... Y ALGO MÁS

Josep BAQUÉS QUESADA
Profesor de la Universidad de Barcelona
Global Strategy



USIA no es una potencia marítima pese a estar rodeada por mar. Las gélidas temperaturas que asolan la mayor parte de sus costas lo han impedido. El cambio climático y la normalización de la ruta del Ártico podrían contribuir a paliar esa circunstancia si además desarrolla las políticas adecuadas para ello. Ahora bien, mientras ni siquiera eso sea una realidad, la obsesión rusa sigue siendo buscar salidas a aguas «cálidas». Las del Báltico no lo son mucho, pero constituyen una buena opción (de ahí la base de Kaliningrado). Las del mar Negro lo son más (Sebastopol) y se erigen como la segunda salida pergeñada desde los tiempos de los zares. Si Pedro I logró el control del Báltico a principios del siglo XVIII, Catalina II propició el de Crimea ocho décadas después. Los

siglos pasan, pero las cosas no han cambiado.

Esta historia es conocida y es importante porque define algunos de los ejes de la geopolítica rusa que todavía hoy están vigentes o que lo están más que nunca. De modo que en este análisis trabajaremos la proyección rusa por el Mediterráneo que, en condiciones normales, debe progresar desde el mar Negro. Dicho con otras palabras, el control de este mar constituye una condición necesaria (aunque quizá no sea suficiente) para la proyección rusa hacia aguas cálidas. A su vez, la presencia de la Flota del Mar Negro aporta disuasión frente a terceros, así como cierta protección a los buques propios que se aventuren hacia derrotas más meridionales.

Por ello, analizaremos las razones de la expansión rusa, su profundidad, sus problemas y los que puedan generar en terceros para, una vez planteado el escenario, regresar a Sebastopol (y a Novorosiisk) y hacer una radiografía del estado actual de esa Flota, habitualmente menos potenciada que las demás

pero incursa en un importante proceso de modernización... quizá para «escoltar» esas crecientes ambiciones rusas en el *Mare Nostrum*.

Pero trato de que mis análisis tengan profundidad académica. En este caso, apunto una tríada de argumentos que, aunque no esté presente de manera continua en la exposición, debe subyacerla.

En primer lugar, cualquier movimiento ruso en el tablero responde a la Doctrina Primakov, de acuerdo con la cual la política exterior rusa debe enfocarse a entorpecer que el mundo sea unipolar y, por ende, a fomentar un multipolarismo que se oponga a las mejores expectativas de los Estados Unidos. Además, plantea la conveniencia de que Rusia recupere el peso que llegó a tener en sus antiguas áreas de influencia en los años dorados de la URSS (Rumer, 2019: 1 y 15).

En segundo lugar, son unos cuantos los líderes rusos, de diferentes corrientes, que incorporan a la geopolítica un argumento cultural, en el sentido de Huntington. Lo que denotan es que Rusia ya no quiere ser «occidental» (cosa que sí sucedía en la era Yeltsin) y que, aparte de eso, está pasando de ser no occidental a ser, directamente, antioccidental. El argumento subyacente al criterio cultural tiene que ver con lo que en Moscú perciben como la decadencia moral de Occidente, frente a lo cual Rusia propone síntesis nacionalistas-conservadoras-espirituales. Algo compartido por exbolcheviques y neotradicionalistas (Medis, 2015; Duguin, 2016). ¿Qué tiene que ver eso con el Mediterráneo? Todo, porque a lo largo y ancho de nuestro mar se despliega la síntesis anhelada por Duguin: una suerte de potencial coalición antioccidental, liderada por Rusia, de la que forman parte los países musulmanes de la ribera sur y los ortodoxos de la ribera nororiental del *Mare Nostrum*, todos ellos a salvo, de momento, de la influencia occidental.

En tercer lugar, ha variado la forma que Rusia tiene de plantear sus relaciones con terceros Estados. La versión de la Guerra Fría era demasiado costosa, incluso en clave económica. Porque antes Rusia subvencionaba; ahora opera con criterios de mercado y busca el beneficio (Karaganov, 2021: 112-113): mano de obra barata y materias primas a bajo coste que puedan ser transformadas en productos manufacturados.

La expansión rusa en el Mediterráneo contempla esas tres patas de su geopolítica; de hecho, las combina.

El eje Sebastopol-Tartús

La implicación rusa en la guerra de Siria ha sido una de las operaciones más exitosas desarrolladas por cualquiera de las grandes potencias en los últimos lustros. Aunque, si hablamos de geopolítica, conviene comprender su contexto porque delata la importancia que el Kremlin le ha concedido al escenario sirio.

Por una parte, Rusia tenía claro que no iba a permitir que las «primaveras árabes» triunfaran. Y menos aún que avanzaran hacia Oriente Medio. La razón es sencilla: Guerásimov las consideró como una guerra híbrida occidental (una zona gris, en lenguaje occidental) llamada a desplazar de un modo definitivo la influencia remanente que Rusia pudiera tener en la zona (Bartles, 2016: 30-31). La caída de Gadafi (díscolo) y la del régimen egipcio (aliado de los Estados Unidos) podían no molestar excesivamente a Moscú. Pero lo de Siria era otra cosa. Además, era (y es) una pieza fundamental para que Irán garantizara su disuasión contra Israel (pudiendo operar como baluarte defensivo del Líbano y, por extensión, de Hezbolá). De manera que en el Kremlin sabían que podían contar con la complicidad del Gobierno de Teherán, igualmente interesado en frenar esas «primaveras» (de triunfar en Siria, Irán hubiera sido el siguiente eslabón de la cadena), todo lo cual contribuía a mejorar la influencia y el prestigio de Rusia en la región.

De hecho, esto le ha salido tan bien a Putin que sus cazabombarderos se han acostumbrado a actuar desde bases aéreas iraníes, egipcias (en este caso, contra el gobierno de Trípoli...) y, por supuesto, desde las sirias. Paradójicamente, los ánimos y los apoyos dados desde Occidente a muchos de esos revolucionarios por la democracia no solo no contribuyeron a que alcanzaran sus objetivos, sino que consolidaron el «eje del mal» (por emplear palabras usuales en la retórica de Washington en aquellos años no tan pretéritos).

Podríamos añadir que Rusia defiende los intereses de sus empresas (claro). No creo que sea el motivo más importante de la apuesta realizada en Siria, pero tampoco es baladí que las opciones que tiene Siria de explorar y explotar las fuentes de energía de su soberanía están en manos de consorcios rusos —Stroytransgaz y Tatneft—, o que Damasco sea uno de los principales mercados para la exportación de armas rusas.

Pero hay más. Porque en el año 2013, antes de arcejar en su intervención en suelo sirio, Rusia anunció la creación de una suerte de Escuadra del Mediterráneo (1). Algo así como una resurrección de la 5.^a Escuadra soviética que desde finales de los años sesenta del siglo xx operó desde una red de bases tunecinas y egipcias (incluyendo Alejandría), con frecuentes recaladas en otras libias, yugoslavas, sirias e incluso, dicen las malas lenguas, hasta griegas (en costas e islas alejadas de las zonas más pobladas de ese Estado ortodoxo... miembro de la OTAN).

Eso era producto de la aspiración de Gorshkov, consistente en pasar de una flota costera y puramente defensiva a otra oceánica, capaz de dejar sentir su peso lejos de sus bases principales (Furlán, 2014: 21) para de ese modo competir por el control positivo del mar con las potencias marítimas del momento (claramente la US Navy, también en el Mediterráneo). Volveremos a

(1) Conocido como 5.º Escuadrón Operativo.

este extremo al final del análisis, en sus conclusiones, para comprobar hasta qué punto eso es cierto o si, por el contrario, Rusia no llega a tanto.

Por el momento, podemos afirmar que la versión actual de la Escuadra rusa del Mediterráneo tiene como núcleo principal, lógicamente, a la Flota del Mar Negro, aunque viene recibiendo refuerzos, de forma rotatoria, de las demás flotas (Báltico, Norte y Pacífico). En ese sentido, aunque la principal causa de la guerra de Ucrania ha sido la pretensión rusa de que esta no ingrese en la OTAN para de ese modo asegurarse un anillo de seguridad en el corredor de Europa Central, desde el punto de vista plenamente mackinderiano, no es menos cierto que el otro gran objetivo es asegurar que ni Ucrania ni la OTAN pongan en peligro, ni ahora ni en un futuro previsible, las bases navales de la península de Crimea, porque sin esa pieza del puzle geopolítico ruso el resto de los planes relativos a la proyección de poder en el Mediterráneo se vendría abajo como un castillo de naipes.

Dicho lo cual, la motivación inicial de la creación de esa Escuadra fue la defensa de Siria contra eventuales intromisiones de los Estados Unidos o de la OTAN. De modo que la principal base naval que debería acoger a los buques de la Escuadra del Mediterráneo sería Tartús. Aunque las facilidades ofrecidas por el Gobierno de Al-Ássad para el uso de la Base Aérea de Jmeimim (Latakia) sugieren que en caso de necesidad también podría emplearse el puerto de Latakia.



Fotografía satélite sobre Tartús, en la que se aprecian un submarino de la clase *Kilo* y un buque logístico. (Fotografía facilitada por el autor)

Por consiguiente, Tartús se ha convertido en una pieza clave de la presencia rusa en el Mediterráneo, hasta el punto de que Moscú ha llegado a un acuerdo para su empleo hasta, por lo menos, 2066. No se trata de una base de gran capacidad, pero incluso con las características actuales resulta adecuada para atender a la mayor parte de los buques que integran la Flota del Mar Negro. De hecho, se ha sabido de la reciente presencia en dicho puerto sirio (septiembre de 2021) de hasta cuatro de los seis submarinos rusos del tipo *Varshavyanka* (*Kilo* mejorado) pertenecientes a la Flota del Mar Negro. Estos sumergibles están dotados de misiles Kalibr aptos para ataque a otros buques o a objetivos ubicados en tierra firme (2). Su mera presencia en el Mediterráneo Oriental tiene como efecto la visibilización de Rusia como un actor relevante en la geopolítica marítima mediterránea.

El «flanco vulnerable de Europa»: la distensión con Turquía y la conexión ortodoxa

Así denominan algunos expertos (Stronski, 2021: 3) la situación generada en el Mediterráneo Oriental por la diplomacia rusa. Rusia es un país de «palos y zanahorias», pero en esta zona prefiere el tubérculo, sin perjuicio de que cuando debe ejercer presión militar lo tenga fácil dada la proximidad con sus propias fronteras, con el resultado de incomodar a la OTAN y a la UE.

Por una parte, Rusia está mejorando sus relaciones con Turquía. Se trata de una cuestión crítica para Moscú, porque Turquía tiene la llave de paso entre el mar Negro y el Mediterráneo. No es tarea sencilla, porque las agendas de ambos Estados colisionan por doquier: Armenia vs. Azerbaiyán, pugna por la influencia en los Estados turcomanos (pero exsoviéticos) de Asia Central, apoyo a facciones enfrentadas en Libia... o en la propia Siria... Pero Moscú está limando asperezas, sobre todo, gracias a los proyectos de gasoductos llamados a trasladar el gas del Caspio a Europa.

Los cambios planteados en los últimos años son significativos. Hemos pasado de que Rusia sea puenteada por parte del eje Azerbaiyán-Georgia-Turquía con el oleoducto BTC (cuya filosofía iba a prolongarse en el proyecto de gasoducto Nabucco) al proyecto South Stream, que pretendía liderar Rusia, pero prescindiendo de Turquía. Y de ahí al que parece el proyecto definitivo, conocido como Turkish Stream, que implica la complicidad de ambos Estados:

(2) Con la mirada puesta en guardar las formas en tiempo de paz, salvando de ese modo las exigencias del Tratado de Montreux, Rusia aduce que esos buques deben atravesar el Estrecho para ser sometidos a obras que exigen su traslado a otras bases rusas para luego hacer el camino de vuelta sin problemas. Sin embargo, una vez en aguas mediterráneas, estos buques suelen pasar temporadas largas en Tartús, donde no existen facilidades para la reparación de buques de cierta complejidad.

tanto Rusia como Turquía serían piezas del mismo puzzle. Dicho con otras palabras, Putin le está planteando a Turquía algo similar a lo que a Alemania en el Báltico con el Nord Stream (3).

Por otra parte, Rusia mantiene buenas relaciones con los Estados ortodoxos de Europa. La sombra de Huntington es alargada. Aunque Putin se molestó especialmente con el ingreso de Montenegro en la OTAN (2017), el discurso del Kremlin es que más de la mitad de la población montenegrina está en contra (es decir, «salva» a la sociedad montenegrina), mientras un tercio de todas las inversiones extranjeras en ese Estado costero provienen de capitales rusos. Asimismo, el turismo ruso ha desembarcado con fuerza en el país adriático, de manera que no es descartable que Rusia persevere en su intento de seguir empleando la bahía de Kotor como fondeadero de sus buques, contando con la complicidad de autoridades y población civil, como de hecho ha venido haciendo estos últimos años.

La situación es similar en Chipre. Este país, miembro de la UE pero no de la OTAN, pactó con Rusia en el año 2015 el empleo conjunto de la Base Naval de Limasol. En realidad, lo que ofrece a los buques rusos no es la posibilidad de una presencia permanente, sino el reabastecimiento de combustible y el apoyo logístico necesario para realizar pequeñas reparaciones. Es interesante constatar que, ante la airada protesta de los Estados Unidos, el Gobierno chipriota respondió que Rusia le entendía mejor que Washington o la UE en el contencioso que tiene con Turquía en el norte de la isla. Por lo pronto, Lavrov ha ofrecido la mediación de Rusia en el contencioso intrachipriota, especialmente en lo referente a los yacimientos submarinos de gas. En realidad, la premisa de todo ello es similar a la montenegrina: la conexión ortodoxa ha venido funcionando a lo largo de décadas, de modo que buena parte de las inversiones extranjeras en Chipre o de los ingresos por turismo provienen de Rusia (4), que también es su principal proveedor de armas desde su independencia del Reino Unido en 1960, pero sobre todo desde el embargo decretado por los Estados Unidos en 1987.

La relación con Grecia también tiene por fundamento los vínculos históricos y religiosos, que Putin se ha encargado de enfatizar en sus viajes oficiales, convirtiendo en una tradición su visita al Monte Athos. Las buenas relaciones con Grecia han llevado a Rusia a vender armas a un Estado miembro de la OTAN. Aunque el pedido de más de 400 *BMP-3* no pudo hacerse efectivo por

(3) En el momento de escribir estas líneas, Turquía sigue dando muestras de una extraordinaria ductilidad para con Rusia y sus intereses. Por ejemplo, pese a que a consecuencia de la guerra de Ucrania los Estados europeos han cerrado su espacio aéreo a los vuelos comerciales procedentes de Rusia, Turquía mantiene abierto ese corredor, por medio de Turkish Airlines y de Pegasus, así como de Qatar Airways.

(4) Con el añadido de que Chipre ofrece (conscientemente) excelentes condiciones para el lavado de dinero de los oligarcas rusos...

la crisis económica de 2009, Grecia opera los SAM S-300 (5). En los momentos más álgidos de la crisis económica, Tsipras planteó la salida de Grecia de la OTAN y estuvo negociando la ayuda rusa como alternativa al rescate europeo. Pero Rusia no tenía esa capacidad económica y fue la UE (no sin presiones de Obama) la que resolvió el entuerto (Pérez-Triana, 2016: 60). Además, las relaciones bilaterales se han enfriado desde que Moscú puso palos a las ruedas de los acuerdos entre Grecia y la ahora llamada República de Macedonia del Norte (Stronski, 2021: 6), a pesar de lo cual el Gobierno de Atenas mantiene un acuerdo con Moscú para facilitar el atraque de buques de guerra rusos, de modo que —tras la Base Naval rusa de Tartús y la chipriota de Limasol— El Pireo es el tercer puerto del Mediterráneo más visitado por los buques de la Marina de Guerra rusa.

En busca de El Dorado... Rusia en el Magreb

El Magreb no es El Dorado, pero sí marca el camino hacia el mismo. Al menos, eso es lo que se barrunta en Moscú. Dicho lo cual, los principales Estados del Magreb tienen un valor intrínseco, pues son ricos en recursos (Libia y Argelia), han mejorado mucho sus economías en los últimos lustros (Marruecos) o disfrutaron de ambas virtudes a la vez (Egipto). Por lo tanto, constituyen un buen *target*. Veámoslo siguiendo el sentido contrario de las agujas del reloj.

Rusia mantiene una excelente relación con el Egipto surgido de las «primaveras árabes», aunque tras algún requiebro contra los Hermanos Musulmanes. No es tan intensa como la que había en los años 70, pero no es poca cosa que Moscú sea el principal apoyo al programa nuclear egipcio mediante la empresa Rosatom (Siegle, 2021). De hecho, sabemos que es más que una proveedora de servicios tecnológicos: es parte del *soft power* ruso y financia becas para que estudiantes africanos vayan a la universidad en Rusia, hasta el punto de que las autoridades rusas confirmaron que justo antes del inicio de la pandemia había unos 15.000 universitarios africanos cursando estudios de grado y máster en Rusia (Stronski, 2019: 10-11) (6).

La situación en Libia es bien conocida: mediante la intromisión del Grupo Wagner, Rusia viene apoyando a las huestes de Jalifa Hafter que, a las órdenes del Parlamento de Tobruk, tiene en vilo al Gobierno de Trípoli. Apparentemente, Rusia podría obtener facilidades en puertos de Cirenaica (Tobruk ya fue

(5) Inicialmente adquiridos por Chipre que, ante la amenaza turca de lanzar un ataque preventivo, negoció su venta a Grecia. Pero Atenas no descarta la compra de nuevas baterías.

(6) La otra cara de la moneda es que ha habido varias agresiones a esos peculiares «inmigrantes» en suelo ruso, con lo que es difícil calcular el impacto a medio plazo de esa apuesta: la experiencia podría tener efectos colaterales a modo de contraindicaciones.

una base naval italiana en tiempos de la Segunda Guerra Mundial), si bien la decidida apuesta de Turquía por Libia y la necesidad rusa de mejorar sus relaciones con Ankara (los estrechos turcos son la prioridad) han ralentizado el «programa ruso» para Libia. Sin embargo, las expectativas de Moscú son elevadas: contribución a la explotación de los hidrocarburos libios (Rosneft ya tiene preacuerdos) y promoción de la venta de armas.

Rusia mantiene desde los tiempos de la URSS buenas relaciones con Argelia, de la que es el principal proveedor de armas con diferencia (pese a China y Alemania, que están incrementando sus ventas al Gobierno de Argel). Además, aunque algunos autores apuntan que Rusia estaría compitiendo en el Mediterráneo por el mercado de exportación de hidrocarburos (Katz, 2016), la realidad es más compleja: Gazprom es el principal socio estratégico del gigante argelino del sector (Sonatrach), con proyectos en ciernes que penetran en el Sahel y el golfo de Guinea, involucrando a Níger y Nigeria, mientras algunos puertos argelinos también son empleados por buques rusos provenientes de la Flota del Báltico en tránsito hacia Tartús.

En el caso de Marruecos, Rusia siempre tuvo una influencia muy limitada debido a que el Reino alauí quedó en la órbita occidental durante la Guerra Fría. Sin embargo, se constata un celo creciente por desarrollar inversiones de cierta enjundia, sobre todo a raíz del acuerdo estratégico al que llegó Mohamed VI con Putin en el transcurso de la visita oficial que el primero llevó a cabo en Moscú en la primavera de 2016, aunque en realidad se puso la rúbrica a un preacuerdo cocinado a fuego lento, al menos desde el I Foro Económico Marruecos-Rusia (junio de 2014), por el cual Rusia fabricará en Marruecos camiones de doble uso *Kamaz*, aunque el acuerdo está abierto a que haga lo propio con los todoterreno *Gaz* e incluso con los helicópteros *Kamov*, entre otros (7). De todos modos, el mercado potencial de esos vehículos va más allá del marroquí: Rusia piensa en posicionarse, con el tiempo, en El Sahel y en el golfo de Guinea.

Cuando se desarrolla un análisis geopolítico, conviene tener un mapa delante (o en la cabeza) y situar cada pieza del tablero en su casilla. De este modo, podemos observar que las posiciones que Rusia ha establecido en el Magreb constituyen una excelente cabeza de playa para algo más ambicioso,

(7) Resulta significativo que Argelia se abstuviera en la votación celebrada en la Asamblea General de las Naciones Unidas en la que se condenaba la invasión de Ucrania. Porque, en ese contexto, la no-condena era un espaldarazo en favor de Rusia. Pero, a fuer de significativo, resulta curioso que Marruecos hiciera lo propio a través de la muy conocida técnica de no acudir a votar. Así evitaba tener que condenar. Seguro que en Washington estarán pensando qué están haciendo al conceder tanto apoyo a Marruecos (militar, pero también diplomático, en asuntos como el del Sáhara) a cambio de nada... o de disgustos. Ahora bien, más allá de ello, es llamativo que la causa rusa sí sea capaz de alinear a estos grandes enemigos del Magreb, como lo es el nivel de penetración del Kremlin en el Mediterráneo occidental.

ya que sus inversiones se prolongan hacia el sur persiguiendo otros objetivos: una de las empresas que lidera el mercado mundial de la extracción de diamantes es la rusa Alrosa, que ya explota yacimientos en Angola y en Zimbabue. Ese sería, asimismo, el móvil que habría provocado que el ubicuo Grupo Wagner esté «protegiendo» al Gobierno de la República Centroafricana... y, de paso, monte guardia en sus preciadas minas de oro y diamantes (8).

A algunos les puede resultar curioso, pero lo cierto es que Rusia se está vendiendo en África como «exportador de seguridad» (Zaiser & Haifang, 2021: 52)... con éxito. Si nos paramos a pensar, lo sucedido en Siria es muy útil como campaña publicitaria. Que sea en apoyo de líderes autoritarios... ¿debería ser un problema? En fin, recordemos las razones del *Leviatán* de Hobbes, que la gente asumió voluntariamente en un contexto de guerra civil. Así las cosas, la lista de países africanos con los que Rusia mantiene una estrecha relación sería larga, pues también está explotando la bauxita de Guinea y tiene una fuerte presencia económica en Gabón, Congo, Sudán del Sur, Mozambique, Madagascar... por no hablar de lo que está sucediendo en Mali, donde el Grupo Wagner ya ha hecho acto de presencia —también como proveedor de seguridad—, un país rico en recursos naturales y fuentes de energía (incluyendo, además de oro y diamantes, uranio, cobre, mineral de hierro y algodón). Actualmente, el Grupo Wagner ya dispone de más de 400 efectivos en Mali.

Esta lógica se viene reforzando desde la celebración de cumbres económicas Rusia-África, la primera de las cuales se celebró en Sochi en 2019, de modo que se prevé otra para este año. Lo interesante de la cumbre fue que cuando Putin tomó la palabra indicó que Rusia no había llegado para «competir, sino para cooperar» con los países africanos. Dicho con otras palabras, le da importancia al *soft power* y lo hace al estilo chino (relación sur-sur, no injerencia en los asuntos internos, etc.). Putin es consciente de que la inexistencia de un pasado colonial ruso en esa zona del mundo está contribuyendo al éxito de su penetración, y se dispone a maximizar sus opciones a costa de Francia y de los Estados Unidos, pero sin molestar a China.

Conviene tener en cuenta un factor añadido: el papel de RT y Sputnik a la hora de divulgar un doble mensaje a conveniencia de Moscú. Por un lado, destacan que Rusia ofrece la estabilidad que otras potencias son incapaces de proporcionar a África y, por otro lado, recuerdan que los valores que sostiene Rusia son conservadores, incluso tradicionalistas, es decir, bastante más alineados con los que subyacen en esas sociedades de lo que puedan estar los

(8) Es curioso comprobar cómo los de Wagner han logrado excluir a las fuerzas de la ONU presentes en ese país de las zonas en las que ellos operan y, además, han conseguido una exención al embargo de armas que, a su vez, propicia que lleguen otras de procedencia rusa a la República Centroafricana. Sería digno del guion de una película taquillera, pero... no, no... ¡es la realidad misma!

ofrecidos por Occidente a través de sus programas de ayuda al desarrollo y sus ONG. Eso vale por igual para el Magreb y para el África subsahariana.

Pero para que todo esto sea factible, a Rusia le interesa controlar su particular Orinoco: el Magreb. De modo que su presencia en Tartús puede ser vista también como un jalón más en un camino que, pasando por (quizá) Egipto y (en todo caso) por Libia, le asegure un papel preponderante en Argelia, así como (curiosamente) en Marruecos, para desde ahí seguir las rutas que alcanzan Mali y el corazón de África: el mercado del futuro.

La Flota del Mar Negro

Tras los sucesos de 2014, entre deserciones y cambios de pabellón de buques, la Marina de Guerra ucraniana quedó prácticamente anulada como fuerza operativa, mientras que la rusa incrementaba sus unidades en el mar Negro e incluso se beneficiaba de tropas veteranas al servicio de Ucrania que deseaban servir a Rusia (Treviño, 2014: 81). Pero hacía falta algo más que eso, porque la Flota del Mar Negro ha sido, tradicionalmente, la más descuidada de las cuatro flotas rusas. De hecho, su estado en 2014 no era especialmente halagüeño.

Rusia suele desplegar en Crimea un buque insignia tipo crucero, una flotilla de submarinos, varios patrulleros lanzamisiles y numerosos cazaminas, dragaminas, pequeños barcos de patrulla, así como un buen número de unidades logísticas, incluyendo varios buques-taller. Eso es así desde hace varios lustros. Sin embargo, en 2014 el grueso de sus fuerzas en Crimea estaba formado por viejas fragatas y corbetas, con más de 30-35 años de servicio en sus cuadernas: versiones de las *Krivak II* y *III* y las *Grisha*, respectivamente (con tres de las primeras y seis de las segundas), que se repartían entre Sebastopol y Novorosíisk, pero de un modo muy desigual, en una proporción de tres a uno (por tonelaje era incluso algo más exagerada).

En menos de una década las cosas han mejorado ostensiblemente. Aunque el crucero *Moskva* (ex-*Slava*) ha sido la principal víctima de la Marina de Guerra rusa en la guerra de Ucrania, había sido objeto de una reciente modernización, que delata las intenciones rusas. Lo que se pierde con el buque, más que sus misiles de crucero (de los que otros buques disponen en cantidad) son los únicos SAM SA-N-6 (versión embarcada del S-300) disponibles en el mar Negro. Según todos los indicios, este buque será reemplazado, cuando las circunstancias lo permitan, por una fragata del tipo *Admiral Gorshkov* (5.000 Tpc; 135 x 16,5 metros) equipada con el nuevo sistema radar Polymet-Redut, asociado a un sistema SAM 9M96M (con versiones que podrían alcanzar los 150 km) en el que también se ha cuidado la defensa CIWS, incorporando dos modernos sistemas Palash (SAM Sosna y cañones de 30 mm).



Fragata *Almirante Grigorovich*. (Foto: www.wikipedia.org)

Pero la principal novedad relevante, pues delata la importancia creciente concedida por Rusia a este escenario, reside en las flotillas de fragatas y corbetas desplegadas en Crimea: la remoción ha sido total. Con una añadidura curiosa que radica en que los astilleros rusos diseñan tipos de buques pensando en que van a ser empleados específicamente en el mar Negro, de modo que todos los de la serie están yendo allí. Por un lado, las *Krivak II/III* han sido dadas de baja, sustituidas por las *Almirante Grigorovich* (también definidas como *Krivak V*). Se trata de buques de 4.200 Tpc y 125 x 15 metros. Armados con 1 x 100 mm, 2 x CIWS 30 mm, ocho misiles de crucero Kalibr (unos 2.000 km de alcance), 24 SAM Shtil (35 km de alcance), ocho SAM Igla (cinco kilómetros), cuatro lanzatorpedos de 533 mm y un helicóptero *Ka-27*. Las tres unidades de esta nueva serie ya están en servicio y no se descartan nuevas incorporaciones (9).

La renovación de las corbetas ha sido igual de exhaustiva. Aunque todavía se puede ver alguna *Grisha* amarrada en Novorosiisk, eso solamente se debe a

(9) Tres buques adicionales de la serie debían entrar en servicio en la Marina de Guerra rusa, pero problemas con el suministro de turbinas por parte de Ucrania han ralentizado la entrega de la segunda serie de tres unidades. Una vez resueltos, existe un acuerdo para vender dos de ellas a la Marina india, aunque la Marina de Guerra rusa se ha opuesto a esa medida.

que sus sustitutas están entrando en servicio a ritmo de una al año, de modo que cuando este artículo vea la luz serán cuatro de las seis corbetas *Vasily Bykov* las que estarán ya operativas. Son buques de 2.000 Tpc, 94 x 14 metros, 1 x 57 mm, preparados para recibir cuatro misiles de crucero Kalibr, 24 SAM Shtil y un helicóptero *Ka-27*.

Esta docena de unidades, tan homogénea por sus sistemas de armas, es complementada por dos corbetas-catamarán *Bora* (1.100 Tpc, 66 x 17 metros, + 50 nudos, 1 x 76 mm, 2 x CIWS 30 mm, ocho SSM SS-N-22 —250 km de alcance—, 20 SAM SA-N-4 —25 km de alcance— y 16 SAM Iгла), dos *Nanuchka III* (700 Tpc, 59 x 12.5, 1 x 76 mm, 1 x CIWS 30 mm, seis SSM SS-N-25 —300 km de alcance— y 20 SAM SA-N-4), cuatro *Tarantul III* (550 Tpc, 56 x 10,5 metros, 1 x 76 mm, 2 x CIWS 30 mm cuatro SAM *Grail* —cuatro kilómetros de alcance— y cuatro SSM SS-N-22) y un *Molniya* (similar a las anteriores pero con 16 SSM SS-N-35).

La otra fuente de poder son los submarinos desplegados en Crimea. Son seis de una variante moderna de los ubicuos *Kilo*: los de la subclase *Varshavyanka* (3.800 Tpc en inmersión, 74 x 7 metros, cuatro misiles Kalibr, 18 torpedos de 533 mm y ocho SAM *Grail*), aunque en Novorosiisk puede verse algún *Kilo* más, de versiones precedentes, lo que elevaría la cifra eventualmente a siete u ocho submarinos con base en Crimea. Se trata de algo que preocupa especialmente en la US Navy, ya que dudan de que, tras años de menospreciar la lucha ASW, ahora dispongan de los medios adecuados para «trackear» a esos submarinos (Binnendijk, 2020: 7-8), especialmente cuando ya han superado los estrechos turcos.

En cambio, como casi siempre sucede con Rusia, las fuerzas anfibas remanentes son mediocres, en cantidad y calidad. Apenas cuatro viejos LST *Ropucha* y, a lo sumo, algún LST *Alligator* (ambos tipos de apenas 112 metros de eslora y el último de ellos probablemente orientado a tareas de transporte administrativo). Recientemente, la agencia TASS situaba al segundo buque de la serie de dos LHD de nueva factura *Ivan Rogov* (10) en Sebastopol para cuando esté operativo (no antes de 2027) (11). Habrá que ver si se confirma la noticia pues, de hacerlo, teniendo en cuenta que se tratará de los dos buques de mayor desplazamiento de la Marina de Guerra rusa, sí incluiría una señal relevante.

El amplio despliegue de misiles Kalibr en el mar Negro, con 18 buques de guerra capaces de portar ese misil (a los que sumar otros 10 con capacidad para operar con SSM de entre 200 y 550 km de alcance), aporta a Rusia una

(10) En esencia, un buque similar a los *Mistral* franceses por sus dimensiones (230 x 32 metros) y prestaciones (sin *sky jump* ni catapultas, pero con capacidad para unos 900 marines, unos 20 helicópteros y algunos drones).

(11) <https://tass.com/defense/1347055>, consultado el 3 de enero.

enorme capacidad para alcanzar diversos objetivos en el Mediterráneo, incluso sin necesidad de que sus barcos crucen los estrechos turcos. Eso denotaría que Rusia no se conforma con disponer de una pequeña Flota adaptada a misiones de defensa de su flanco sur. Entonces, estaría haciéndose un hueco en el Mediterráneo, a codazos, generando capacidades más amplias de disuasión respecto a la OTAN, que podrían ser empleadas más allá del escenario circunscrito por ese mar interior (Gorenburg, 2019). Ahora bien, no es menos cierto que los estrechos turcos son un obstáculo difícil de vencer en caso de conflicto, que la economía rusa no está para grandes aventuras y que la capacidad de proyección de sus fuerzas por mar desde Crimea seguiría siendo, en todo caso, muy limitada.

Conclusiones

Rusia se postula como un actor global, cuyo principal objetivo es reafirmarse frente al mundo dominado por los Estados Unidos. Para ello, ha regresado al Mediterráneo desde su baluarte en el mar Negro. Su intención aparente, a corto plazo, es adquirir el peso necesario para ser considerado como un actor estratégico en el Mediterráneo Oriental, zona importante por motivos tanto estrictamente geopolíticos (conflictividad en Oriente Próximo, puente en el escenario MENA —Middle East & North Africa—, etc.) como geoeconómicos (yacimientos de gas en el entorno de Chipre).

Asimismo, a medio plazo, el interés ruso reside en penetrar en África, habiendo visto el potencial futuro de un continente con mano de obra barata, muchos recursos naturales por explotar, necesidad de ayuda e inversiones externas, así como una población cada vez más formada. Este planteamiento tiene sentido porque Moscú pretende aprovechar el desgaste sufrido por las viejas potencias coloniales (sobre todo Francia) y la creciente dificultad de los Estados Unidos para hacer valer sus opciones en el continente negro. Además, la complicidad con China permite, hasta cierto punto, aprovechar el rebufo del gigante asiático al amparo del mecanismo de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica).

Ese es el marco estratégico. Por seguir símiles militares en la descripción, podría aducirse que «operacionalmente» Rusia pretende habilitar facilidades para el empleo de bases navales y puertos comerciales mediterráneos en su beneficio, llegar a una entente cordial con Turquía para garantizar la viabilidad del eje Sebastopol-Tartús, aprovechar los vínculos culturales con la Europa ortodoxa para desgastar a la OTAN y a la UE e incrementar sus inversiones en el Magreb central y occidental (Libia, Argelia y Marruecos), que debería ser su cabeza de playa para penetrar hacia el África subsahariana.

«Tácticamente», Rusia ha aprovechado el tirón chino para propiciar mecanismos de diplomacia económica, exprimiendo alguna iniciativa de los

BRICS (12) (por ejemplo, a través del New Development Bank), mientras emplea una narrativa en la que exagera su papel como mediador en conflictos y como proveedor de estabilidad (aprovechando para ello, ocasional y paradójicamente, al Grupo Wagner). Mensajes que tienen su mercado en África, pero también en países como Chipre, y que no son tan fáciles de erosionar pese a que Rusia tenga tendencia a la conflictividad e incluso a la guerra abierta.

En detrimento de Rusia, hay que recordar una vez más (Baqués, 2020: 272-273) que sus capacidades reales son inferiores a lo que sus grandes proyectos requerirían. Ni su potencial económico es suficiente para generar una alternativa creíble a las inversiones franco-americanas en África (y ya no digamos a las chinas) ni su capacidad militar lo sería —si hubiere alguna escalada bélica— para salir bien librado a medida que la zona de operaciones vaya alejándose de sus propias fronteras.

En particular, su Marina de Guerra es, cada vez más, una armada capaz de contribuir a la generación de A2/AD mediante submarinos y corbetas dotados de misiles Kalibr y cada vez menos cualificada para asegurar la proyección estratégica de sus fuerzas. Si a las capacidades ofrecidas por la Marina de Guerra rusa en Crimea le añadimos el creciente despliegue de baterías de SAM S-300 y S-400 en esas costas, o las de misiles antibuque Bal (150 km de alcance) y Bastion (300 km de alcance), así como la presencia de tres escuadrones de cazabombarderos *Su-27* y *Su-30* (con un total de unos 40 aparatos), además de un puñado de aviones *MPA & ASW Be-12* (hasta nueve aparatos)... el mensaje parece evidente. Pero, por si no lo es, podemos desarrollar un argumento: podría decirse que la Marina de Guerra actual está «regresando» a la doctrina Kuznetsov después de la aventura propiciada por la doctrina Gorshkov, por otra parte nunca plenamente realizada. En efecto, su Marina es más apta para negar el mar a terceros mediante el empleo masivo de misiles antibuque y submarinos (en su caso, con apoyo aéreo) que para asegurar el

(12) En la ya citada votación de la Asamblea General de la ONU del 2 de marzo, la resolución de condena de Rusia tampoco ha recibido el apoyo de los Estados del BRICS. Es el caso de China, India y la República Sudafricana. Brasil, finalmente, votó a favor de esa resolución, pero se ha negado a ello, en reiteradas ocasiones, en foros latinoamericanos como la Organización de Estados Americanos (OEA). Asimismo, los Estados integrantes de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), entre los que se cuentan también India y China, suelen optar por la misma política de no-condena. Es relevante que India y Pakistán (como ya sucediera con Marruecos y Argelia, se trata de otra inusual pareja de baile) estén alineados con Rusia en este tema, como, de hecho, también lo está la muy chií Irán. Desarrollar un análisis más pormenorizado de este tema extrapolaría los objetivos de este artículo. Pero el hecho de que los Estados que optaron por no condenar reúnan más del 50 por 100 de la población mundial es un buen indicativo acerca de la red de alianzas que ha venido trazando Rusia por doquier, además de serlo de la ligereza con la que la mayoría de los analistas hacen sus análisis, vendiendo esa resolución como un éxito rotundo del «mundo libre». Menos mal que fue un éxito... (entiéndase la ironía).

control positivo del mar con una auténtica aviación embarcada, grandes buques de combate de superficie y, llegado el caso, el despliegue de fuerzas anfibas capaces de tomar costas o al menos puertos alejados de sus bases.

Si trasladamos este argumento a las bases navales en el extranjero, sucede algo similar. El caso de Tartús es muy interesante, pero... no hay mucho más. Sus tentativas de establecer (pequeñas) bases en otros lares son evidentes (Montenegro, Chipre y, algo más allá, Puerto Sudán), aunque se han quedado a mitad de camino (facilidades para atraque y reabastecimiento) o en nada.

El problema que subyace a la expansión rusa *por y desde* el Mediterráneo contiene los mismos problemas que siempre acompañan a Rusia. La proactividad de Putin puede ser exagerada en comparación con sus capacidades reales.

BIBLIOGRAFÍA

- BAQUÉS, Josep (2020): «Los dilemas estratégicos de Rusia». *REVISTA GENERAL DE MARINA*, tomo 278 (marzo), pp. 261-274.
- BARTLES, Charles (2016): «Getting Gerasimov Right». *Military Review*, 96 (1), pp. 30-38.
- BINNENDIJK, Anika (2020): *Understanding Russian Black Sea Power Dynamics Through National Security Gaming*. Santa Mónica: RAND Corporation.
- DUGUIN, Alexander (2016): *Proyecto Eurasia*. Hipérbola Janus.
- FURLÁN, Luis Fernando (2014): «Crimea y la herencia del almirante Gorshkov». *Documento Marco DM 10/2014*, Madrid: Instituto Español de Estudios Estratégicos, pp. 1-30.
- GORENBURG, Dmitry (2019): «Russia's naval strategy in the Mediterranean». *Russian Military Reform* (septiembre).
- KARAGANOV, Sergei (2021): «On a Third Cold War». *Russia in Global Affairs*, 19 (3), pp. 102-115.
- KATZ, Mark (2016): «Estrategia geopolítica rusa en el Mediterráneo». *Afkar Ideas* (invierno), pp. 23-25.
- MEDIS, Vadim (editor): *My Russia: The Political Autobiography of Gennady Zyuganov*. Routledge. London & New York.
- PÉREZ-TRIANA, Jesús M. (2016): «La nueva geopolítica del Mediterráneo oriental». *REVISTA GENERAL DE MARINA*, tomo 270 (febrero), pp. 53-63.
- RUMER, Eugene (2019): «The Primakov (Not Gerasimov) Doctrine in Action». Washington DC: *Carnegie Endowment for International Peace*.
- SIEGLE, Joe (2021): «Russia in Africa. Undermining democracy through elite capture», en *Democracy in Africa*,
- STRONSKI, Paul (2019): «Late to the Party: Russia's Return to Africa». Washington DC: *Carnegie Endowment for International Peace*.
- (2021): «A Difficult Balancing Act: Russia's Role in the Eastern Mediterranean». *Carnegie Endowment for International Peace*.
- TREVIÑO RUIZ, José M.^a (2014): «La flota del mar Negro y la crisis de Crimea». *Política Exterior*, 28 (159), pp. 76-83.
- ZAISER, Nataliya; HAIFANG, Liu (2021): «China-Russia competition in Africa», en VV. AA.: *China-Russia Bilateral Cooperation in Africa*. Moscú & Pekín: Russian International Affairs Council & Institute of International and Strategic Studies of Peking University, pp. 50-56.